

Quemarnos del todo

Nuestra felicidad me parece a mí que está en el buen uso que hagamos del tiempo y el espacio en que nos ha confinado nuestro destino; que si es cierto que nosotros nos hemos encontrado con ellos aquí, sin consentimiento nuestro, también lo es que nos han traído dotados de un instinto que podemos convertir, con nuestro cultivo y nuestra cultura, en superior clarividencia; y no digo en inteligencia superior, porque para mí la inteligencia no es superior en nada al instinto, que es todo ojos; y no sirve una ciega hacia afuera para guiarlo por lo circundante, sino para comprenderlo. De modo que, desde nuestro primer momento vivo, nuestra inocencia invulnerable ha podido enfrentarnos con la aventura, ricos de armas interiores y exteriores que tienen, desde lo espontáneo a lo conciente, y luego al contrario, todas las posibilidades para progresar en la verdad, en la belleza y en el amor.

Y nuestro progreso sucesivo ha de tender a nuestra felicidad, porque si el progreso no sirve para la felicidad humana ¿para qué sirve? El hombre verdadero, el auténtico, el cultivado aristócrata por metamorfosis ideal, digo, el aristócrata de intemperie, aristocracia inmanente que une la mayor sencillez de la vida corriente a la mayor riqueza de la vida mayor, es el que desea más la felicidad del mundo, el que busca su propia felicidad en la felicidad jeneral; el que llega, por medio de un concepto claro del sucederse completo de la vida del mundo, a ocupar, emplear y gozar mejor su espacio y su tiempo.

Ser el hombre mejor, el total aristo, es el fin de cada hombre. Si el hombre no se sitúa en el mundo para su fin, vive en él de una ma-

nera provisional; y vivir provisionalmente no es el destino de la vida, no es lo que es vivir. En este mundo nuestro tenemos que quemarnos del todo, resolernos del todo; cada uno en las llamas y en la resolución que le correspondan. Que ningún dios creador o creado aceptaría a los que no hubieran cumplido plenamente con su vida, con la vida entera, no ya con la limitada vida que supone Calderón en su farsa "El gran teatro del mundo", tan disparatada. No olvidemos que Jesús de Nazaret (que éste fué su nombre y no Cristo) en la tragedia precipitada de su vida, sumo aristócrata como era, perdonó a la Magdalena, hoy santa, porque había amado mucho, y a Dimas porque había amado pronto; y esa María de Magdala y ese Dimas que mereció las palabras más bellas de Jesús "Esta tarde estarás conmigo en el Paraíso", sí que se salvaron por haberse quemado jenerosamente en hogueras distintas. Hoy tal vez hubiésemos arrastrado a la Magdalena a un psicoanalista, quien la hubiera metido en una clínica adusta, que seguramente no sería el cielo sino el... Progreso con mayúscula; y a Dimas lo habrían ahorcado, para mayor seguridad. Quienes viven aquí como en un internado de fondo, fondo de aire alumbreado con carbón de sol en ascua, como es el nuestro, y con opción a premio o castigo foráneos, pierden una existencia segura y otra probable o posible, porque cada vida debe tener su unidad con principio y fin.

Principio y fin es nuestra vida, con nada más que un súbito contacto sucesivo de lindes; y puesto que nada concreto recordamos de antes del principio, hay que considerarla siempre y sólo como fin, aunque no lo sea; y todos debemos procurar que todos los demás la consideren así. En el ir a un fin podemos poner mucho más que en el venir de un principio. Cuando todos consideremos como fin nuestra existencia, encontraremos todos en ella el suficiente paraíso; consideración particular que no evita a los colectivos morales (yo no lo soy), una fe posible en otros paraísos arreglados a la medida, que podrán también ser considerados cuando nos lleguen, si nos llegan; pues ellos son los que nos tienen que venir, como los padres, no ir nosotros a ellos (la imaginación es autónoma y yo soy autonomista imaginativo). Como consideramos un viaje al Artico o al Ecuador de nuestro propio planeta, lugares que serán esos lugares y de ese nombre, sólo cuando los veamos, no mientras los imaginemos.

Casi todas las religiones viajeras se han inventado en este mundo para consuelo lejano de pobres, enfermos o desheredados morales y físicos. "Cuando yo estoy enfermo", decía Yeats, el verdadero poeta irlandés, maestro permanente de belleza, "pienso en Dios; cuando

estoy fuerte, me voy a la playa a jugar a la pelota con las Hadas". Aceptar una religión como ideal colectivo, cuando no se han determinado todavía los ideales propios, es bueno, nadie lo duda, sobre todo en la primera juventud, y mejor en la adolescencia; pero ya dueños de nuestra edad, podemos aspirar también o además a ideales particulares, religiones personales, ciencia, poesía, arte, que no sean necesariamente consuelo de carencias ni ansia de cosas distintas, sino raíz de nuestras alas, paz y gozo; vocaciones fundadas en el concepto más presente de belleza y verdad; íntimas, de ideal seguro, es decir, concepto más humano y más divino también, ya que, cumpliendo nuestra vocación, estamos realizando a dios en verdad y belleza.

El ideal no hemos de considerarlo nunca lejano ni inexistente, porque el ideal está en nosotros mismos, lo que no quiere decir que pongamos el ideal a la altura señalada a un ascensor que es siempre un descensor, como tales poetas de piso quinto o de sótano, máxima bajura o altura de ellos; sino que tengamos la evidencia de que podemos conseguirlo de cualquier forma que sea. Dios está no sólo en los pucheros de Santa Teresa, o en el arado, o en la fragua, o en el remo, sino también en la lira, en la pluma, el microscopio, el pincel, la nota musical, etc. El ser realistas no tiene como consecuencia lógica no ser idealista; y el existencialismo puede revolcarse en el estiércol, pero también bañarse en el mar. El poeta sabe que no alcanza su ideal, es decir, que no lo mata, es decir, que no debe alcanzarlo matándolo; pero eso tampoco quiere expresar que lo considere imposible; todo lo contrario, imposible e inexistente es lo que se mata, lo que se ha matado; porque la poesía es precisamente un arte a lo divino, y divino significa orijinal, principal; es divinizar lo que tenemos en las manos, los seres y las cosas que tenemos la dicha de tener poseídas no como ideales conseguidos, sino como sustancias que contienen las esencias. Si, yo digo que el ideal existe y que está cerca, puesto que siendo nuestro es de nuestra esencia y nuestra sustancia. Estamos hechos de ideal, y por lo tanto todos podremos encontrarlo en todos, ya que todos somos tesoreros de conciencia. Nuestro problema único es encontrarlo y saber el significado del verbo encontrar; es la vida misma y todas las vidas que puedan sobrevenirnos tras el origen de la muerte.

Yo creo que el ideal, pudiera consistir en hacer ideal la vida exaltándonos, nivelándonos; niveladas e ideales las vidas todas, exaltándonos; que el hombre posee la facultad de crear y contemplar, mezclar el trabajo y el ocio, el ocio profundo y el profundo trabajo. Si nosotros fomentamos la aspiración de lo ideal en los demás, estaremos

mucho más cerca de realizarlo, ya que los otros pueden verlo así en nosotros. Crear un ideal no quiere decir dejar de ser corriente, común, como vulgarmente se cree; el ideal sitúa la vida entre ángel y demonio, con un arranque de libertad mutua y de unidad al mismo tiempo, en su filo de contacto, que es separador y unidor a la vez, puesto que causa una herida; hombre y mujer con ala blanca y ala negra. Hay que encontrar el ideal, insisto, encontrarnos el centro de la vida, el diamante del venero, y para encontrarnos ese vivero que que es el venero, hay que estasiarse primero en ella, como el poeta, para comprenderla, y luego, con dinámia mayor, amarla y gozarla; recrearla cada día en todos los sentidos de la palabra, recrear, y recrear también, cada día, la confianza en ella y la de ella, única forma de realizarla en plenitud, de consumirla sucesivamente, de conseguir merecer nuestra conciencia, nuestro Dios deseado y deseante.

Cuando contemplemos las cosas y los seres, los amemos, los gocemos, cuando tengamos su confianza porque les hayamos dado la nuestra, cuando los consideremos conciencia plena y como plena conciencia nos manifiesten su contenido, tendremos su más hondo secreto, y así podrán ofrecérsenos como un ideal, que acaso el ideal sea sólo un secreto que merezcan los más enamorados. Una vida con más elementos de felicidad posible que esta vida que vivimos, vida, sin duda, como otra pasada o venidera, es difícil hallarla ni concebirla al hombre, que lo que imagina no puede ser más que figuración interna o desfiguración esterna, más o menos hermosa, de lo que siente con sus cinco sentidos corporales y espirituales, pues nada hay más lleno de espíritu que los sentidos. No olvido que mi madre, cuando sentía dolor en las sienes, la superficie más delicada del cuerpo, decía que le dolía el sentido. Nuestro deber y nuestro querer y nuestro poder han de ser precisamente esos de concebir y hallar nuestra vida como la mejor, como la única y definitiva acaso. Y no quiero decir con eso que se tenga que ser pesimista, puesto que la fantasía también es del hombre y fantasear es realizar los sueños con voluntad. Una fantasía puede equivaler al paraíso, y si la fantasía pasa, mejor todavía, porque el paraíso eterno sería también muy aburrido, y ya sospecharon este aburrimiento los faquires que se resolvían en un nirvana inconsciente, es decir, en una muerte sin gusanos.

Vida real es realidad con fantasía; y para concebir y hallar mejor nuestra vida real, se supone que hemos inventado esa entelequia que llamamos progreso: "la sucesión de la conciencia que concibe, halla y maneja la vida".